



REVERENDO
D. FRANCISCO MATÉ SENDINO

Uno de los artículos precisos y concretos de los nuevos Reglamentos indican al Director que, cuando muera un Hermano, redacte la carta mortuoria y la haga llegar a las comunidades interesadas.

Con pesar y respeto, tengo que cumplir hoy este deber con el sacerdote de esta casa D. Francisco Maté.

Murió el día 5 de septiembre, después de varios meses de enfermedad y de tratamientos prolijos en hospitales y clínicas.

Su naturaleza era vigorosa; no conoció la enfermedad ni las medicinas durante muchos años. El lo sabía, hasta hacer de ello cierto ingenuo alarde y mantener una obstinada aversión a todo recurso medicinal.

Pero en los últimos meses una cirrosis hepática, unida a una progresiva arterioesclerosis cerebral y alguna otra dolencia, fueron minando su vitalidad y alteraron su lucidez.

Por más que en un principio tratase de disimularlo, por entereza y virtud, todo ello se iba acusando visiblemente en el decaimiento físico, algunas disculpables incoherencias, la pérdida de su habitual buen humor, la desgana y el frío, tristes mensajeros de un final que se hacía inevitable, que él presentía y confesaba, cuando con sonrisa entre resignada y melancólica decía: "... esto se acaba...!"

A mediados de mayo se le trasladó a una clínica, la primera de las que iba a recorrer en penoso viacrucis.

Su organismo, reacio a toda medicina, terminó pagando largo tributo a toda clase de ellas y tuvo que resignarse a las más humildes ayudas.

Su buen ánimo y una memoria que conservó despierta para recordar lecturas y anécdotas hasta el final, hacían de él un enfermo decidor, entretenido y ocurrente ante enfermeros y acompañantes, que no le disimulaban su simpatía.

Entre las curas y remedios que se le prodigaban, no siempre cómodos, deslizaba comentarios y citas como ésta, muy de su repertorio: "...Ser vieja la casa es esto. Voile puntales poniendo, porque no caiga tan presto..." Todos celebraban lo oportuno de la aplicación, y él continuaba la glosa de su precario estado:

"Mas todo es vano artificio, —pues pronto, dicen mis males, —han de acabar los puntales— y allanarse el edificio..."

Esto sucedió la noche del 5 de septiembre.

Tres semanas antes había celebrado su última misa en compañía del Señor Inspector, don Emilio Alonso, en la misma habitación del hospital.

La siguió con mucha atención y fervor y durante ella, celebrada en tan duro trance, bien pudo sentirse al mismo tiempo sacerdote y doliente oblata.

Cuando se le propuso recibir la Unción de los Enfermos, no se inmutó lo más mínimo: “¡naturalmente!”, asintió, y siempre secundó con gusto las insinuaciones que se le hacían para besar el crucifijo, repetir alguna jaculatoria o completar una oración.

El día 7 se celebró el funeral en la iglesia del Colegio.

Además de los familiares, estaban presentes Salesianos de Madrid, Hijas de María Auxiliadora, alumnos, amigos de la Casa y fieles de la parroquia.

El Señor Inspector, en una de sus primeras actuaciones, presidió la concelebración y pronunció la homilía. En tono sobrio, objetivo y sentido, resaltó las buenas cualidades de don Francisco: “hombre sencillo, servicial, alegre y muy comunicativo siempre”.

Al mediodía se le dio sepultura en Carabanchel. Allí, muy cerca de donde había nacido a la vida salesiana, junto a una veintena de Hermanos, descansa don Francisco, callado y quieto él, que en el ambiente familiar, llevó cariñosa fama de locuaz y viajero.

Había nacido en La Esgueva (Burgos), tierra cereal y de buenas vocaciones. Sus padres eran maestros. Los perdió, muy niño, en un pueblecito de la Tierra de Campos. Huérfano, a los once años entró en la casa de Santander, como colegial y aspirante.

Hizo el noviciado en Carabanchel; la Filosofía en Campello y la mayor parte de la Teología, igual que otros compañeros suyos, como buenamente pudo, en las casas. “Una Teología de secano”, diría modestamente, con un símil labrador.

Apenas ordenado sacerdote, fue enviado a la casa de Lóngora, como Encargado. Durante los años de nuestra guerra Civil fue Director de la casa de San Benito (Salamanca). Pero la mayor parte de su vida activa la pasó desempeñando el cargo de Prefecto, en las casas de Santander, Vigo, Salamanca, Baracaldo.

Veinticinco años, muchos de ellos difíciles, de estricto racionamiento y escasez de víveres, que él tenía que industriarse para procurar, a fuerza de gestiones y viajes incómodos, comprometidos, incluso.

Los últimos años los pasó en las casas del Paseo de Extremadura, San Fernando, Puertollano y Santo Domingo Savio, como confesor, encargado de la Archicofradía y otros quehaceres que no rehusaba, un poco en

plan de pasatiempo y otro poco en afán de servicio. Los alumnos y Salesianos de San Fernando recuerdan con edificación y agradecimiento su asiduidad en acompañar a los enfermos al hospital, uno y otro día, durante varios años.

Aquí vino a esperar la muerte, que fue viendo acercarse con serenidad, sobrellevando los naturales inconvenientes de la vejez, el aislamiento al margen de las actividades del colegio, y alguna otra pesadumbre que él mismo lamentaba y reconocía humildemente, cuando se le hacía notar, aún a vuelta de su jovialidad y aparente despreocupación.

En cuanto al ministerio sacerdotal, le veíamos celebrar diariamente su misa, aunque fuese a deshora, cuando ya no podía seguir el horario normal, con no poco trabajo y siempre en latín.

Se mostraba contento cuando se le requería para confesar.

Aún en las últimas semanas de la enfermedad, atendió con gusto, decía cosas que, a tal altura, tenía un particular valor sacramental, imponía la misma penitencia siempre y despedía dando las gracias, como si el obligado fuera él y no el penitente...

Dios le haya premiado sus trabajos y los méritos de sus setenta y siete años de vida, muchos más de los que pueden enumerarse en una carta.

Descanse en paz y en ella nos reciba a todos los que hemos procurado dedicarle una atención como a Hermano con años y méritos, con "trabajos y días", y ayudarle de una y otra manera, cuando su salud y su ánimo más lo necesitaban.

Gracias por la caridad de encomendar a Dios su alma y de recordar en vuestras oraciones a esta casa y a vuestro afmo. in Xto.

Madrid, 10 de septiembre de 1972.

EMILIO HERNANDEZ GARCIA
Director

Datos para el Necrologio:

Sacerdote, don Francisco Maté Sendino, de Tórtoles de Esgueva (Burgos), muerto en Madrid (España), el día 5 de septiembre de 1972, a los setenta y siete años de edad, cincuenta y seis de profesión y cincuenta y uno de sacerdocio. Fue Director por tres años.